

SEMINARIO
TEOLOGICO
SALESIANO

Salamanca, 20 febrero 1970

Queridos hermanos:

El 26 del pasado
noviembre, a las 2,30
de la madrugada, en-
tregaba su preciosa
alma al Señor, en es-
te Teologado, nuestro
Hermano



Sac. Don JUAN GIL PEREZ
de 52 años de edad

Hacia tres años que comenzó a notar dificultades de movimiento en la pierna izquierda; lo que aconsejó a los médicos, tras detenido examen, a proceder a una operación en la columna vertebral, el 22 de febrero de 1967. Con la intervención quirúrgica renació la esperanza de una recuperación total. Pasó aquel verano en Cee (La Coruña), haciendo los ejercicios físicos más convenientes; muy bien atendido en todo por las Salesianas de aquella localidad. El invierno siguiente se trasladó a Campello (Alicante), para poder disfrutar de mejor clima. También los Salesianos y Aspirantes de esta Casa se mostraron delicadísimos con el querido enfermo. Pero, a pesar de todos los cuidados, la enfermedad progresaba: se trataba de una esclerosis lateral amiotrófica, que iba avanzando irremisiblemente. El bastón se transformó en muletas y éstas en carrito, hasta que D. Juan llegó a perder todo movimiento. El cariño que exigía su situación y su sonrisa llena de bondad le fue prodigado generosamente por todos: por el Sr. Inspector, que siempre tuvo su coche a disposición de las necesidades de viajes y de visitas a diversos médicos; por el Coadjutor D. Mariano Arauz, pendiente de él de día y de noche, sin descanso y con verdadero amor fraterno; por los Hermanos de esta gran comunidad del Teologado, dispuestos a ayudarle en cualquier movimiento y en sus idas y venidas a la clínica de recuperación. Todos, médicos, Hermanos y familiares (con los que gozaba en sus visitas y en los días que podía pasar con ellos, durante el verano, en la ciudad de Gandía) han sido instrumento del amor del Padre para con él. Hasta que el 23 de noviembre la parálisis acusó

su llegada al bulbo raquídeo, con la proximidad de una muerte inevitable. Ya había recibido la Unción de los Enfermos durante la novena de la Inmaculada del año anterior (1968): quiso él que se efectuara en la iglesia, después de una concelebración, en la que, como siempre, participaba desde su carrito junto al altar. Tuvo entonces palabras inspiradas: deseaba purificarse más (la novena de la Inmaculada era ocasión propicia), para poder alcanzar de la Sma. Virgen, por medio del fallecido Mons. Juan Manuel González de Arbeláez, la deseada curación; pero siempre aceptando gozoso la voluntad del Señor, que ama aun cuando sus caminos son diversos de nuestros proyectos. El 24 de noviembre, a la vista de la gravedad, recibió nuevamente la Unción de los Enfermos, de manos de su compañero y actual Vicario de esta casa, don Emilio Hernández; y el Santo Viático, de las del Director. Estaban presentes todos los Hermanos de la Comunidad, que luego fueron pasando junto a él en dolorosa despedida. Don Juan, ya sin poder hablar, pero conociéndolos a todos, sonreía y saludaba.

El funeral resultó una manifestación de afecto y de admiración para con el querido difunto. Presidió la concelebración el Sr. Inspector de Madrid, acompañado del Sr. Inspector de León y de más de veinte sacerdotes salesianos llegados de diversas partes; puesto que don Juan había sido compañero o Maestro de casi todos ellos. Los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora de la ciudad, gran número de Cooperadores, de los que don Juan fue Delegado en años anteriores, quisieron acompañarnos a nosotros y a sus hermanos y familiares en momentos en que el dolor se hace oración. Por deseo de sus familiares, el cuerpo de don Juan fue llevado a Valladolid, al panteón donde reposan sus padres y otro hermano.

Datos biográficos:

Había nacido en Vitoria, el 18 de agosto de 1917, de padres cristianísimos, Félix y Venancia. Frequentó de niño el Colegio Salesiano de Baracaldo (Vizcaya), donde el clima de piedad y de alegría hizo posible el desarrollo del primer germen de su vocación salesiana (años 1925-1930). Pasó luego al Aspirantado del Paseo de Extremadura (Madrid), cursando en él los estudios de Humanidades (1930-1933), completados después en Carabanchel Alto (1933-1934). Hizo el Noviciado en Mohernando (Guadalajara), en el curso 1934-1935; y comenzó los estudios de Filosofía allí mismo; estudios que se vieron interrumpidos por la Guerra de 1936.

En los tres años de guerra, pasados en Madrid, sufrió la cárcel y la persecución, padeció hambre, vivió escondido, trabajó dando clases para ganarse el sustento; hasta que, con la victoria nacional, pudo volver a Mohernando para terminar sus estudios filosóficos (1939-1940). Renovó sus votos en Mohernando, el 11 de octubre de 1939, y en Béjar (Salamanca) el 18 de agosto de 1943. Los años de tirocinio, que fueron para él dos, por haber retrasado ya los tres años de la guerra, los vivió en el Colegio de María Auxiliadora de Salamanca, con gran prestigio de buen profesor y de perfecto religioso (1940-1942).

Realizó en Carabanchel Alto los estudios teológicos (1942-1946), con gran brillantez y ejemplaridad, como alumno, compañero y colaborador capaz de grandes iniciativas.

Allí emitió sus votos perpetuos, el 23 de junio de 1945. Y coronó sus estudios y sus anhelos con la Ordenación sacerdotal, el 15 de junio de 1946, recibida en la Catedral de Madrid, de manos del Excmo. Sr. Patriarca de las Indias Occidentales, Mons. Leopoldo Eijo y Garay. Sus primeros trabajos sacerdotales fueron para los estudiantes de Filosofía, en la Casa de Mohernando, tan querida de él, donde actuó como Catequista (1946-1948), trasladándose con ellos a la nueva sede del Colegio de San Fernando (Madrid), al tomar la Congregación dicha Casa y ofrecérsele un lugar más apto para los años de Filosofía. En esta nueva sede actuó como Consejero (1948-1950). Sus dotes no comunes, sobre todo en el campo de las letras, y su espíritu salesiano tan completo y tan seguro, decidieron a los Superiores a enviarlo a realizar su gran sueño: especializarse en Sda. Escritura. Para ello se licenció en Sda. Teología, en la Crocetta (Turín) (1950-1951), de donde pasó al Instituto Bíblico de Roma (1951-1954), hospedado en la Casa del Sdo. Corazón. Concluidos sus estudios bíblicos, entró a formar parte del cuadro de Profesores del Teólogo de Carabanchel Alto, en octubre de 1954. Desde entonces, su vida y su cariño quedaron estrechamente unidos al Estudiantado Teológico, tanto en Carabanchel como en Salamanca, a donde se trasladó aquel viejo y fecundo Teólogo, en octubre de 1961. Fue Confesor (1954-1961), Consejero

(1961-1965), y nuevamente Confesor (1965-1969), actuando algunos años como Encargado de los estudiantes salesianos que frecuentan la Universidad Pontificia de esta ciudad.

Para que no resulte demasiado fría esta enumeración de sus actividades, transcribo de una carta de valor excepcional, por la persona que la escribe, don Emilio Corrales, que fue su Director e Inspector durante tantos años.

«Pocas almas entre las innumerables que he tratado en mi larga vida salesiana, llena de algunas responsabilidades, he encontrado con las prendas y cualidades con que Dios dotó a nuestro entrañable hermano. Puede decirse que he tenido comunicación íntima con él, desde su juventud. Lo tuve algún año de Clérigo en Salamanca, y todavía me emociona la humildad y sinceridad con que abría las puertas de su alma exquisita al que para él hacía las veces de Dios y de don Bosco. Durante sus estudios de Roma, recibí de los Superiores Salesianos y de algunos eximios Profesores del Bíblico juicios excepcionales sobre la personalidad religiosa, salesiana y científica. El, en su gran modestia, tan grande como su extraordinario talento, temió algún momento defraudar a sus Superiores por algunas insignificantes dificultades que surgieron. Y en aquel momento, deposité en él toda mi confianza de Superior; hermano y amigo, con la consigna de que su Licenciatura en Sagrada Escritura la consideraba necesaria para la Inspectoría y, además, como un premio a su profunda espiritualidad y un complemento exigido por su característica personalidad. Era un alma de Dios, un Salesiano eximio, y un hombre lleno de exquisitas virtudes humanas y sobrenaturales, que nos obligan a catalogarle entre los Salesianos de nuestra generación más destacados; todo esto, sin meter ruido y sin apariencias de ninguna clase; uno de los hombres más queridos y admirados por nuestra juventud salesiana, a la que llenó siempre de delicadezas fraternas; y a la que enriqueció religiosa y sacerdotalmente, con su profunda ciencia, llena de vibración litúrgica, apostólica y salesiana».

Características más notables de su personalidad

Cuantos le han tratado en la plenitud de sus años sacerdotales, se han encontrado ante una figura de hombre, de salesiano y de sacerdote adornado de dotes y virtudes en medida no común.

Dios le había regalado la cualidad de poeta, de gran poeta. Para él la rima y la consonancia no tenían secreto: las palabras acudían a su pluma, tanto en género jocoso como en poemas serios. En los diversos cuadernos que se conservan de él, podemos leer los más finos sentimientos de su alma delicada: canta a sus padres, a su vocación, a España, a Don Bosco, a la Congregación, a la Virgen; canta a la primavera, a la nieve, a las flores, a los pajarillos, a la inocencia de los niños; canta en los festejos de la vida salesiana, con brindis y con odas, en lengua moderna y en román paladino. Cuadros de veladas y, sobre todo, las *Estampas de la Pasión y San Pablo*, donde dejó constancia de su cultura y de su entusiasmo, tanto al escribirlas como preparándolas para la escena.

No era don Juan un hombre hecho para la comodidad y el egoísmo: siempre fue activo y sacrificado, siempre dispuesto a todo y más: clases, asistencias, deportes, teatros, biblioteca, trabajos de todo género. (Comprendemos cuánto le ha tenido que costar hacerse a la inmovilidad de su carrito). Toda colaboración que se le pidiera, toda iniciativa, viniera de quien viniera, encontró en don Juan un colaborador desinteresado.

Tal vez, sin embargo, el rasgo humano que se deba destacar en su figura sea la delicadeza de trato, su finura, el estar atento a mil detalles que hacen felices a las personas, desde la felicitación en los onomásticos hasta el recuerdo afectuoso de familiares de los Hermanos una vez conocidos; desde las atenciones y disponibilidad incondicional para con todos, hasta el regalo que traía de su peregrinar a Lourdes, adonde había ido en el «tren de la esperanza». Muchos secretos íntimos se ha llevado a la tumba, nacidos de la confianza que producía su personalidad docta y atrayente.

El *espíritu religioso y salesiano* de don Juan aparecía en todas las manifestaciones de su vida: era hombre de profunda fe, de gozosa aceptación de la voluntad de Dios, no sólo en los acontecimientos dolorosos de su enfermedad, sino (como dice en uno de sus escritos íntimos) «manifestada por la voluntad de los superiores»; amaba y veneraba a la Sma. Trinidad, la Eucaristía, la Sma. Virgen («cuántas veces habrá predicado de todos estos temas, como fruto de su devoción personal!); el Jesucristo paciente, el Sdo. Corazón de Jesús «base del amor, del sacrificio y de las virtudes»; Don

Bosco y la Congregación, a la que quiso entregarse y de la que fue digno hijo. Desde joven salesiano estudió y vivió la Liturgia: cuando fue sacerdote, la Santa Misa era el centro de su vida, de tal modo que en los últimos meses, ya paralítico, ni un solo día dejó de concelebrar con algún sacerdote que pudiera acompañarle; y siempre con gran recogimiento y devoción.

Todos cuantos vivieron con él son testigos de la exacta observancia de las Santas Reglas, desde no permitirse la siesta hasta el dar cuenta de todos sus gastos y regalos que recibiera. Para con los Superiores fue sumiso y cariñoso, prudente y delicado: su obediencia reflejaba las palabras de la Regla salesiana, «prontitud, alegría de corazón y humildad, llevado de la persuasión de que en la cosa mandada se manifiesta la voluntad misma de Dios».

Amaba la Congregación —«en la que sirvo a Dios»— con todas sus virtudes y todos sus defectos; él, que había asimilado como pocos el espíritu salesiano, se lamentaba últimamente ante ciertas cosas que le extrañaban en la vida de algunos Hermanos, pensando que podía venir a menos el espíritu de Don Bosco.

Pocos meses antes de su muerte, en pleno verano, durante un cursillo de Teología para Coadjutores, don Juan quiso dedicar unas clases de Sda. Escritura a ellos, para los que sentía verdadero afecto fraterno. Con ellos, como con los filósofos y teólogos, como igualmente con las Hijas de María Auxiliadora, fue siempre padre y consejero de vocaciones, con palabra alentadora y sabia, con su sonrisa acogedora, con su ejemplo luminoso.

Con tales virtudes, la *figura sacerdotal* de don Juan cobra dimensiones colosales: el hombre de Dios en el altar, en el confesonario, en el Oficio divino; el Maestro de la palabra de Dios, él, que podía disponer de gran preparación bíblica y de la riqueza de una oratoria elegante y arrolladora, era el predicador preferido, el maestro de una espiritualidad segura, en mil ocasiones (novenas, Ejercicios Espirituales, conferencias, etc.): con razón había escogido como lema de su sacerdocio: «qui in me loquitur Christus» (Cristo es quien habla en mí).

Su misión de Profesor de Sda. Escritura en el Teologado fue para él un ministerio sacerdotal de suma importancia. Procuraba estar al día por medio de lecturas y con la adquisición de libros; tomaba parte en los Congresos o Cursillos con verdadero interés; comenzó a organizar un museo bíblico; escribió libros de texto para sus clases; y tuvo la esperanza de peregrinar a Tierra Santa, de la que ya poseía varios miles de diapositivas para enriquecimiento de sus alumnos.

Para completar su obra, quiso Dios, como en Jesús, juntar al sacerdote y pastor, la víctima. Don Juan supo ver la mano de Dios en su larga enfermedad, en su inmovilidad martirizante. Suyos fueron estos versos: «Déjame vivir contigo —aquí, a los pies de tu cruz—. Permite, dulce Jesús, —que te acompañe un amigo». Cuando hablaba de este tema, de su condición de víctima, era cuando aparecía como hombre profundamente religioso, como quien no escoge su lugar en el cuerpo místico, sino como quien acepta, con libertad interior, la designación por parte de la voluntad de Dios. Todos cuantos le hemos conocido en estos últimos años, llevaremos grabada en el alma esta actitud victimal, generosa y alegre, del querido don Juan.

Queridos Hermanos:

Es de esperar que la santa vida de nuestro don Juan Gil, enriquecida por el valor del sufrimiento de su larga enfermedad, le haya ya abierto las puertas de la Casa del Padre, por la que él suspiró con infinita esperanza toda su vida (llamaba a la muerte «la cita con Dios»). Pero nuestro sentido de fraternidad y de caridad nos pide que sigamos rezando por él, por si acaso tuviera necesidad de nuestros sufragios.

Tened también una oración por esta Casa que él amó tanto y por este vuestro hermano en Don Bosco.

JOSÉ A. RICO
Director

DATOS PARA EL NECROLOGIO:

Sac. D. Juan Gil Pérez, nacido en Vitoria, el 18 de agosto de 1917; muerto en Salamanca, el 26 de noviembre de 1969, a los 52 años de edad, 34 de Profesión y 23 de Sacerdocio.